



editorial

UNA HISTORIA ACELERADA

UN mes de octubre que pasará a la Historia. Tal ha sido el que acaba de transcurrir. La Iglesia ha vivido en él varios acontecimientos, cada uno de los cuales está llamado a dejar huella profunda. La primera reunión del Sínodo episcopal, la tercera del Congreso de los laicos, la visita del patriarca Atenágoras al Papa, son acontecimientos de primera magnitud. Que hayan venido a condensarse en un solo mes, nos da idea del ritmo trepidante que ha adquirido hoy la Historia. Antaño nos hubiera parecido mucho verlos escalonados a lo largo de un año. Hoy casi encontramos natural que se hayan producido, trabándose entre sí, en el marco de un solo mes.

Ahora bien, un ritmo tal exige un cambio de actitud. Cuando se va despacio hay lugar al recuerdo y la añoranza. Nada más fácil que revivir escenas si se va a pie, pues los lugares atravesados despaciosamente dan oportunidad para esas evocaciones. Pero, ¿cómo hacerlas desde un «Jet»? Y esto es lo que nos ocurre.

Nos puede gustar o no, podemos hallarnos más o menos a nuestras anchas en esta nueva situación del mundo... pero el hecho está ahí y escapa a nuestras fuerzas modificarlo. Y ese hecho insoslayable exige, insistimos en ello, una nueva actitud. Cuando el presente mismo escapa rápidamente de nuestras manos, toda tensión es poca para hacer frente al futuro. Todo, absolutamente todo, ha de orientarse hacia él. Hay que vivir con la permanente preocupación de construirlo. Por poco que se insista en lo que ya pasó se corre el peligro de quedar desfasado.

Pero cuesta. Los cambios en el mundo, y más aún en la Iglesia, habían tenido un ritmo mucho más lento, que permitía estudiarlos, vivirlos, interpretarlos con calma, sin prisa, esperando a tener una perspectiva suficiente. Hoy, en cambio, se nos impone, querámoslo o no, otro ritmo. Más que largos análisis se nos pide «ojo clínico», «golpe de vista», o como queramos llamar al diagnóstico rápido y certero.

Eso significa en la práctica una pastoral proyectada para poblaciones en movimiento intensísimo; una teología atenta a las implicaciones de cada momento; una espiritualidad constantemente renovada por los movimientos bíblico y litúrgico; un ecumenismo en búsqueda afanosa de nuevas soluciones; un sacerdocio que sepa despegarse a tiempo de fórmulas caducas y descubrir con afán el secreto de su constante renovación; un estado religioso que sepa distinguir lo válido y lo superado en sus propias tradiciones... La enumeración sería interminable. Y no hace falta alargarla porque fundamentalmente se trata de una actitud. Es ésta la que hay que cambiar. Pasar de un talante preteritista a otro proyectado hacia el futuro. Hoy la añoranza es una permanente tentación. El octubre que acaba de pasar demuestra lo peligrosa que resulta. Una concesión a ella supone el peligro de perder el tren, dejar que la marcha de los acontecimientos se nos aleje. Simplemente, como en la imagen bíblica, la mirada hacia atrás puede trocarnos en estatuas de sal.

INCUNABLE

EN ESTE NUMERO:

- LA IGLESIA, ¿SIGNO O CONTRASIGNO?, por José L. Lecuona (páginas 8-14).
- IGLESIA Y MUNDO MODERNO, por Antonio M. Javierre (páginas 15-17).
- DESPUES DEL SINODO DE LOS OBISPOS, por Antonio Montero (páginas 18-20).
- DESPUES DEL CONGRESO DE LOS SEGLARES, por José María Burgos (páginas 19-21).